

Comín, un intelectual antidogmático

Si no oliera a tópico, describiría la actitud intelectual de Alfonso Comín como la de un incansable y heroico buscador de la verdad. Bajo el lema machadiano que nos enseñó a leer: «¿Tu verdad? No, la verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya... guárdatela», el itinerario intelectual de Comín resultó complejo, paradójico incluso, por la variedad/diversidad de las referencias axiales desde las cuales interpretó la aventura intelectual de su siglo. En un mundo de espíritus unidimensionales (¡y vagos!), con escasa avidez científica, con un apego al dogma que todo lo resuelve y aclara, Comín significó reto, provocación, ejemplo fraternal, caos en el orden (con minúscula).

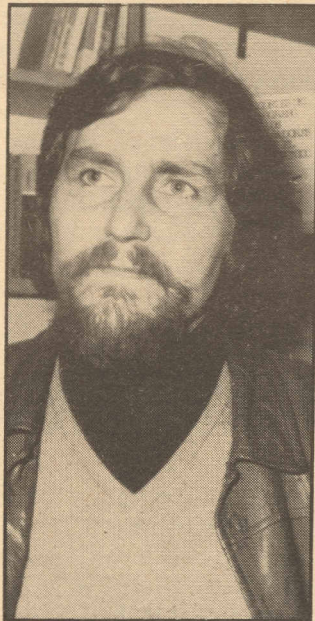
No quisiera describir estos múltiples ejes de su pensamiento: lo hizo el mismo Comín en sus libros (muy especialmente en **Por qué soy marxista y otras confesiones**). En tanto que espectador y discípulo, en tanto que compañero y colaborador durante los últimos quince años (primero en la Escuela Profesional del Clot y luego en las editoriales «Nova Terra», «Estela» y «Laija»), prefiero recuperar la melodía de tanto esfuerzo, las líneas de fuerza que le socavaron. Y su término en el sentido místico de quien no se niega a vaciarse porque sabe que la plenitud viene de otra esfera. La fe para Comín fue mucho más que un pacto con la propia tradición familiar. La fe, para Comín, significó la dinámica esperanzada de quien atraviesa la tierra por conquistar con los ojos abiertos al misterio y con el hatillo de la caridad fraterna (de la revolución) como única compañía. La fe

en Comín siempre sonaba a impulso colectivo, a necesidad de cambiarle el rostro a un mundo cargado de injusticias.

Un creyente

Alfonso Carlos no fue un consignista de la fe sino un creyente, convencido de que la fe imponía una nueva sensibilidad para comprender los fenómenos históricos y para llegar a la teología de la liberación. Insisto, porque Comín dedicó muchas horas a analizar con lupa declaraciones episcopales y textos conciliares, a la lectura de la Biblia, de los Santos Padres, de los testigos humildes de Jesús en el mundo. En cierto momento llegó a saludar alborozado la llegada al episcopado de Guerra Campos, porque parecía —y fue un espejismo— no cerrarse a las propuestas de comprensión del marxismo. Para Comín se trataba de recuperar, a pesar de una praxis eclesial cerrada, el sentido del mensaje evangélico. Y ello le llevó a estudiar Foucauld y más tarde —y con mayor ahínco— a Emmanuel Mounier, el Vaticano II, Bloch, Kolakowski... hasta la reunión del CELAM en Puebla de los Angeles.

Paralelamente, Comín ahondó en el marxismo. Desde dos vertientes: como sociólogo, trató de comprender la realidad de España (muy especialmente de Andalucía); la terrible enfermedad le impidió terminar una revisión a fondo de su gran obra, **La España del Sur**, tal vez su mayor pasión de estos últimos años. Como dirigente comunista, pasando por Bandera Roja, y muy especialmente desde su incorporación, en 1974, a las direcciones del PSUC y del



«Comín significó reto, provocación, ejemplo fraternal...»

PCE, estudió a fondo los debates italianos sobre el eurocomunismo como alternativa. Los Ingrao, Cerroni, Amendola, Assor Rosa, L. Lombardo Radice se convirtieron en referencias que no caían en el vacío. (¿Cuántos años hace que Comín me proponía publicar una antología de los «Quaderni Rossi» y más tarde del «Socialist Register»?)

Por un humanismo de rostro humano

Para algunos, la disidencia puede ser una opción marginal. Para Comín el fenómeno de la disidencia marxista significaba la posibilidad de construir una verdadera alternativa marxista abierta, laica, antidogmática, profundamente arraigada a la realidad de cada día. R. Bahro, R. Ha-

vemann... eran mucho más que una excepción: significaban la posibilidad de recuperar la credibilidad en el socialismo de rostro humano. Y esta fue otra pasión dominante de Alfonso Comín: hombre que quería a las personas (me contó en cierta ocasión que su drama era no poder tratar con calma a los muchos que le visitaban por razón de oficio), había descubierto que la «revolución» era posible, gracias a los revolucionarios que consagraban a ella su vida. Y que había islas en donde la esperanza se podía llamar Raúl, Fidel, Fernández Retamar, Ernesto Cardenal. Gracias a ellos y gracias a otros revolucionarios: los líderes anónimos del movimiento obrero (andaluz o catalán o italiano o vasco). Creo que nadie comprendería la aportación intelectual de ese gran escritor que ha sido Comín sin descubrir que nunca hizo teoría haciendo abstracción del movimiento obrero, de los pobres de la tierra, de su propia familia, de sus amigos, tan distintos, que se podían llamar García Nieto, o Valverde, o Gregorio, o Ruiz Galacho, o Tuñón, o Girardi, o José María Castellet, o González Faus, o Pilar.

Termino, obligado, con una propuesta de lectura: ¿Quién ha advertido las múltiples alusiones y referencias literarias, políticas, periodísticas, coyunturales, poéticas de cada frase... de ese antidogmático empedernido que luchó para liberar a las dos iglesias — el Partido y la Iglesia — del lastre histórico del dogmatismo hinchado, de la herencia de la III Internacional?

IGNASI RIERA